

Christoffer Carlsson

El agente caído

Traducido del sueco por Carmen Montes Cano

Alianza Editorial

Título original: *Den Fallande Detektiven*

Reservados todos los derechos.

*El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© *Den Fallande Detektiven* © by Christoffer Carlsson, 2014

By agreement with Pontas Literary & Film Agency

© de la traducción: Carmen Montes Cano, 2016

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-290-7

Depósito legal: M. 1.857-2016

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Para Mela,
siempre*

WILLARD: Me dijeron que se había vuelto loco,
y que sus métodos eran anormales.

KURTZ: ¿Y son anormales?

WILLARD: Es que no veo ningún método, señor.

Apocalypse Now

FUE AQUEL INVIERNO en que la tormenta arrasaba.

Murió un investigador universitario, había un dictáfono que iba de mano en mano por Estocolmo y, llegara adonde llegara, siempre parecía causar problemas. Una manifestación degeneró y dos que en su día fueron amigos se vieron en los balancines en los que solían jugar de niños.

En el fondo del lago Mälaren había un teléfono móvil que no tenía la menor importancia para lo que estaba ocurriendo, salvo que fue el culpable quien lo arrojó al agua. En una cama de hospital yacía un hombre moribundo, y sus últimas palabras fueron *Denzasuega y Dese*. A saber qué significaban. Solo se aclararía cuando fuera demasiado tarde. Y todo el tiempo se oía el tictac del reloj que avanzaba hacia el punto cero, el 21 de diciembre.

Fue una historia extraña y complicada, como todo el mundo convino después. Pero ¿de verdad lo fue? Tal vez se tratara de una historia muy sencilla, en realidad; incluso banal, porque todo esto ocurrió el mismo invierno en que un hombre traicionó a otro y, seguramente, ese fue el principio del fin.

La cosa ocurrió, por lo que yo sé, más o menos de la siguiente manera.

I

WHO COMES AROUND
ON A SPECIAL NIGHT?

SOLO UNA COSA es segura: la ciudad está asustada. Ahora ha enseñado su verdadera cara, estoy convencido. Se le oye en el pulso si te acercas lo bastante y te atreves a pegar la oreja, si de verdad escuchas el tictac. Tensa y nerviosa, así está; impredecible. Una bombilla que ha empezado a parpadear a punto de apagarse para siempre, pero nadie se fija en ello. Nadie lo ve.

Sin embargo, sí que toca la campana solitaria de una iglesia. Es medianoche, y la nieve cae liviana y lenta. Las farolas frías arrancan destellos plateados a los copos, que se vuelven transparentes. De un pub de la zona se oye el retumbar de un bajo, alguien que canta *oh, I wish it could be Christmas every day*, y los frenos de un coche chirrían unos metros más allá. El conductor se emplea a fondo con el claxon.

Y en la distancia: sirenas. Es una de esas noches.

Uno de los callejones que arrancan de la calle de Döbelnsgatan es corto y estrecho. Si estiras los brazos, casi puedes tocar los ladrillos raídos de uno y otro lado, así de estrecho es. Y oscuro. Las fachadas se yerguen altas en el centro de la ciudad, y ha pasado mucho tiempo desde la última vez que el sol bañó el asfalto desgastado.

Ese callejón desemboca en un patio interior no muy pequeño. A lo largo de las paredes hay hileras de contenedores de plástico verde llenos de basura. Los cubre una fina capa de nieve. Al levantar la vista, se distingue un trozo de cielo allá arriba, enmarcado por las fachadas de los edificios.

Una mujer con un mono azul claro levanta una lona grande de color blanco que cubre una parte del patio. Bajo la lona hay un hombre tumbado boca arriba. Lleva un grueso abrigo desabrochado, una bufanda de lana, unos vaqueros gris oscuro y unas botas negras. Cuatro focos muy potentes lo iluminan entero. A su lado se ve una mochila de la marca Fjällräven bastante gastada, está abierta. Por la abertura asoman las pertenencias: un libro, un tarjetero, un par de calcetines gruesos, un llavero, algo de dinero. El hombre llevaba guantes, pero se los ha quitado. Asoman por los bolsillos del abrigo.

Andará entre los treinta y los cuarenta años, tiene el pelo oscuro, corto y bien peinado, barba de varios días y la cara angulosa. Tiene los ojos cerrados, así que no se le ve el color, y quizá sea lo mejor, por el momento.

Espero a unos metros de la lona con las manos en los bolsillos del abrigo y dando zapatazos en el suelo, como si estuviera impaciente. Lo que pasa en realidad es que tengo frío. En lo alto, en una de las ventanas que dan al patio, se ve brillar una estrella de Navidad de color rojo. Es tan grande como el neumático de un coche y detrás se atisba una cara. Un niño.

—¿Lleva ahí mucho rato?

La mujer del mono azul, Victoria Mauritzon, que está en cuclillas, a punto de abrir el maletín, se da la vuelta.

—¿Quién?

Como no quiero que se me enfríen las manos, señalo hacia la ventana con la cabeza, sin sacarlas de los bolsillos.

—El niño.

Mauritzon sigue la trayectoria de mi mirada.

—Ah. —Entorna los ojos por el resplandor de la nieve—. No lo sé.

Mauritzon vuelve al trabajo. Levanta una cámara, ajusta algo en el cuadro y hace sesenta y ocho fotografías del muerto y del mundo que lo rodea.

Las luces azules recorren mudas las fachadas, y a lo lejos aletean las cintas policiales de color blanco y azul. Unos transeúntes se han detenido y lo observan todo con la esperanza de ver algo. De vez en cuando centellea el flash de un teléfono móvil.

Mauritzon ha dejado la cámara en el maletín y, con mucho cuidado, le introduce en el oído un termómetro digital.

—Es bastante reciente —dice.

—¿Cuánto?

—Una hora, puede que ni eso. Estoy menos segura de lo normal. Este método solo ofrece una apreciación general, pero no he podido traerme el otro.

—¿Cómo murió?

—Ni idea. —Saca el termómetro, lo lee y anota algo en el impreso—. Pero está muerto, desde luego.

Entro con cuidado bajo el techo de lona y me agacho al lado de la mochila. Mauritzon me da un par de guantes de látex y, muy a mi pesar, saco las manos de los bolsillos. Con los guantes parece que tenga la piel más pálida y los dedos más huesudos todavía.

Empiezo a sentir cierto mareo y me sube por la espalda un calor que se convierte en un sudor frío. Espero que Mauritzon no se dé cuenta.

—Parece una persona decente —dice con la mirada puesta en el muerto—. No exactamente el tipo de persona que uno espera encontrarse muerta en un patio interior.

—Puede que hubiera quedado con alguien.

Saco el tarjetero. Es negro, y de piel. De los bolsillos sobresalen varias tarjetas, una de crédito, una de identidad, una especie de pase de color blanco, con un rebuscado emblema de color azul y la leyenda

da «Universidad de Estocolmo» en el mismo color. Saco la identificación y trago saliva un par de veces para controlar las náuseas.

—Thomas Markus Heber. —Comparo la foto con la cara del muerto—. Parece que es él. Nacido en el 78.

Tomo nota del número personal con la sensación de estar robándole algo, antes de devolver el documento al tarjetero, y me vuelvo hacia el resto de los objetos que se han salido de la mochila. El llavero no desvela nada, salvo que el muerto no tenía coche. Tres llaves: una, la de su casa; otra que no conseguimos identificar de antemano pero que, seguramente, es la del trabajo, y la de una bicicleta. Los calcetines son gruesos y están secos, aunque se ven usados. El olor recuerda al que notamos al meter la nariz en un zapato.

El libro, *The Chalk Circle Man*, es de Fred Vargas. La portada está un tanto desgastada y hacia la mitad del libro hay una esquina doblada. Abro por la página en cuestión y poso la mirada en el primer renglón.

Can't think of anything to think.

SOPESO EL SIGNIFICADO de la frase antes de cerrar el libro, lo devuelvo a su lugar y me levanto. Es mi duodécimo día después de la vuelta al trabajo, el segundo de guardia nocturna.

La cuestión es qué coño hago aquí.

La sección de Delitos Violentos responsable de la zona centro y de Norrmalm es la que, según los policías, se conoce como el «Nido de Víboras». Gente colocada de cualquier cosa que da puñetazos, patadas y navajazos, que se pegan tiros, drogadictos y traficantes que aparecen con un agujero en la nuca en algún sótano, mujeres que matan a palos a hombres y hombres que matan a palos a mujeres, armas y partidas de droga que cambian de propietario, tumultos, manifestaciones, viajes de locos y vehículos incendiados. Ese es el Nido de Víboras. Y ahora esto, un hombre bien vestido y de mediana edad que muere en un patio trasero. Nadie está a salvo.

En teoría me tuvieron fuera de combate hasta final de año. Antes de esa fecha era impensable que me restituyeran en el servicio activo. Sobre todo después de lo que ocurrió a finales de verano. Puede que fuera una conversación con el psicólogo lo que cambió esa circunstancia.

El psicólogo era de los que valoran a sus clientes por el dinero, y yo había dejado de ser una inversión lucrativa. Nuestras larguísimas

sesiones consistían en que unas veces rompía a llorar, otras me quedaba callado fumando, a pesar de que no estaba permitido. El psicólogo parecía aburrido, más que nada, se miraba la cara bronceada en el espejo que había a mi espalda y se pasaba la mano por el pelo, peinado a la perfección.

—¿Cómo te va con el Sobril? —preguntó.

—Bien. Trato de reducirlo.

Una chispa le asomó a los ojos.

—Bien, Leo. —Anotó algo en el cuaderno—. Bien, eso está bien. Es un gran paso.

Poco después el psicólogo consideró que ya no necesitaba su ayuda, así que, unos días más tarde, me sometieron a una revisión médica de una sencillez ridícula, y el que me examinó no vio ningún motivo que me impidiera volver a servir a la justicia.

Puede que se debiera a que no dije ni una palabra sobre las pesadillas ni las alucinaciones esporádicas. Tampoco dije nada de esos impulsos tan raros que me daban a veces de querer estrellar un vaso contra la pared, de romper una silla, de atizarle a alguien un puñetazo en la cara. Por alguna razón, tampoco me lo preguntaron, y, si lo hubieran hecho, no habría dicho la verdad. Si algo he aprendido es que, en el seno de la Policía, no es difícil librarse mintiendo.

La unidad de Asuntos Internos quedaba descartada, teniendo en cuenta lo ocurrido, pero al menos deberían haberme permitido empezar en un puesto administrativo en algún sitio, quizá en Robos o en Delitos Sexuales. En cualquier sitio en el rincón más recóndito y polvoriento de la burocracia en el que no pudiera hacer ningún daño digno de mención.

Pero no.

Me tuvieron que mandar otra vez al Nido de Víboras en el que me instruyó Levin en su día. La Dirección Nacional de la Policía ha inundado el distrito de recursos, y puede que sea esa la razón por la que estoy aquí. Aumentar los recursos no ayuda mucho que digamos, por lo que yo sé. El desenfreno de la gran ciudad puede volver

loca a la gente, dicen, y quienes más locos se vuelven son aquellos que se encuentran en la fuente del desenfreno, en el corazón de la ciudad. No es ningún secreto. Todo aquel que se ha ganado la vida alguna vez en el Nido de Víboras lo sabe.

ME QUITO LOS guantes de látex. El niño sigue allá arriba, medio escondido por la gran estrella reluciente. Seis, puede que siete años, no más, con los ojos grandes y los rizos oscuros. Lo saludo con la mano y me sorprendo al ver que hace lo mismo con gesto inexpressivo.

—Alguien debería hablar con él.

—¿Con quién? —dice Mauritzon.

—Con el niño.

—Ya irán a verlo, en su momento.

Mauritzon tiene razón. Es tarde y no hay luz en casi ninguna de las ventanas que dan al patio, pero cada vez se van encendiendo más y más, a medida que mis colegas, que ya han empezado la ronda por el edificio, van llamando de puerta en puerta y despertando a los vecinos. Entre tanto, yo saco un Sobril del bolsillo interior del abrigo, el primero desde que empezó el servicio. Es pequeño y redondo como la o de un teclado de ordenador.

Ver la pastilla, solo con tenerla en la mano se me hace la boca agua y noto que disminuyen los sudores. Ya la noto, la sensación de verme poco a poco envuelto en algodón, y cómo el mundo recobra las proporciones adecuadas. Sostengo un instante la pastilla en la mano,

antes de devolverla al bolsillo para arrepentirme en seguida de no habérmela llevado a la boca.

—¿Dónde está el teléfono móvil? —pregunto, y me noto la voz de un pastoso antinatural.

—¿El del muerto? Ni idea. Igual lo tiene debajo. Me haría falta darle la vuelta, quiero verle la espalda.

Mauritzon llama con una seña a dos ayudantes de policía uniformados. Tienen diez años menos que yo y están temblando, puede que de frío. Les da unos guantes de látex y entre los tres giran el cadáver con cuidado, para que Mauritzon pueda examinar la espalda y la parte posterior de las piernas.

Debajo del cuerpo de Thomas Heber el suelo es de color rojizo. La sangre ha derretido la nieve, que se ha convertido en una plasta morada y rojiza.

—Qué raro que haya tan poca sangre —digo.

—Es por el frío —responde Mauritzon con un murmullo, mientras examina la espalda mojada del abrigo—. Con el frío, las funciones vitales del cuerpo se ralentizan mucho antes. —Frunce el entrecejo—. Ahí tenemos algo.

Una raja visible en la espalda, más o menos a la altura del corazón.

—¿De una navaja?

—Eso parece. —Se dirige a los dos ayudantes—. Devolvedlo a la posición inicial. Despacio.

—Y llamad a Gabriel Birck —digo.

—¿No está de permiso? —pregunta uno de los ayudantes.

—Sí, oficialmente, así es.

—¿Y no puede esperar a mañana?

Paseo la mirada del cadáver de Thomas Heber al ayudante. Vuelven las náuseas y se me acelera el pulso. Me acecha el pánico, unos seres que salen arrastrándose de las profundidades de la tierra y alargan el brazo para atraparme.

—¿A ti qué te parece? —le suelto—. Necesitamos a alguien que dirija la investigación.

El ayudante mira a su colega.

—Avísale, venga —dice.

—Te lo ha dicho a ti.

—Que le avises —mascullo entre dientes, y noto que las fachadas que nos rodean se acercan, las fachadas, que están a punto de caer y, al caer, me aplastarán.

Los ayudantes se alejan con un suspiro. Mauritzon vuelve a su examen del cadáver. En el bar de por allí cerca alguien canta *oh, what a laugh it would have been if daddy had seen mommy kissing Santa Claus that night*, y Mauritzon tararea la musiquilla.

Puede que sea el bar y el simple hecho de pensar en el alcohol lo que hace que me vuelvan los sudores y me corran por todo el cuerpo, que salgan por los poros y me dejen sin respiración. Me alejo del lugar de los hechos con paso redoblado, salgo del callejón y llego a la calle de Döbelnsgatan, y, la verdad, no sé si se nota mucho o poco, pero voy dando trapiés, vacilo y empiezo a jadear, me falta el aire. Respirar, no puedo respirar.

Se me nubla la vista y en algún punto entre el cadáver y el límite de la cinta policial me apoyo en la fachada. El ladrillo está frío y duro, pero ese apoyo es lo único que me impide caer; y entonces se me revuelve el estómago y me quedo doblado. De la garganta y de la boca sale un torrente con los restos de una salchicha a medio digerir, pan y café, todo es un mejunje maloliente que cae en la nieve helada con un chapoteo.

Me fallan los músculos y caigo de rodillas, noto cómo me sube el frío muslos arriba por los vaqueros, pero es por una sensación de entumecimiento que ahogan el sudor, los temblores, el carraspeo bronco de la garganta y la convicción de que la vida va a acabar así.

—Vaya, parece que a la gente curtida también le puede afectar el asesinato —oigo que dice uno de los ayudantes.

Los flashes de los fotógrafos lanzan destellos. Todo es una niebla densa. No cierro los ojos, pero los tengo llenos de lágrimas después

de haber vomitado. Todo se me antoja turbio. Me quema la garganta, se me encoge el estómago.

Con una mano apoyada en los ladrillos de la fachada y la otra hurgando en el bolsillo del abrigo, me levanto por fin. No es la primera vez que me ocurre. ¿Cuándo me tomé el último? Debe de ser hace dos días. ¿De verdad que no hace más? Sigo cayendo, más profundo, hasta el fondo de mí.

No es la ciudad la que tiene miedo, no es Estocolmo la que es una bombilla a punto de apagarse. Soy yo.